

26. P. Bernardo Monforte

El P. Bernardo Monforte nació en La Portellada (Teruel) en 1765. Hizo su profesión en 1789. De gran renombre en Valencia y en la Sociedad de Amigos del País. En 1816 se le encomendó la redacción de un Plan de primera enseñanza para el reino de Valencia, al que precedió un trabajo Sobre la suma decadencia de la educación de la tierna juventud en esta ciudad y reino de Valencia. Fue rector del colegio de San Joaquín (Valencia, 1827-1829) y obtuvo la validez de sus cursos de filosofía para sus internos. Al erigirse la Viceprovincia de Valencia (1826), luego Provincia (1833), se quedó en ella. Falleció en Valencia en 1842.

Ofrecemos sus reflexiones sobre las diversas materias de las clases de los pequeños, que aparecen en un Certamen de Doctrina Cristiana¹ preparado por él.

RELIGIÓN

Si los niños son educados cuidadosamente desde sus tiernos años en la piedad y conocimiento santo de Dios, puede esperarse con fundamento que todo el resto de su vida sea feliz y dichoso. Así habla a sus hijos el doctor y padre de la infancia San José de Calasanz, a quienes encarecidamente encarga trabajen incesantemente y se desvelen por grabar con caracteres indelebles en los tiernos corazones de los parvulitos las máximas de la sana moral y los más puros sentimientos de la cristiana religión. Bien es cierto que un niño, cuyas potencias comienzan con lentitud a desarrollarse y robustecerse, no es capaz todavía de poder formar una idea justa de los sublimes preceptos del evangelio, mas no por esto debe dejar de sembrarse en su tierno corazón la semilla fecunda de la piedad y recta creencia. Al sabio y celoso profesor le incumbe plantar y regar, y de Dios debe esperarse el incremento. Al sabio y celoso profesor le incumbe desenvolver los sucesos y explicar los arcanos que exceden la comprensión limitada del niño, y a Dios concederle el espíritu de la verdadera inteligencia. En desempeño de este deber, además de hacer aprender a nuestros discípulos el excelente catecismo de nuestras escuelas y de ejercitarles continuamente en la lección del admirable del señor Fleury, hemos también procurado hacerles conocer muy de cerca cuáles deben ser eternamente sus sentimientos religiosos para con su Dios; cuál su respeto a los templos y ministros del Altísimo, y cuáles sus deberes para con sus semejantes y para consigo mismo. El compendio de la historia santa, que por suerte recitarán dieciséis niños, la repetida explicación del catecismo y algunas lecciones sueltas alternadas de graciosos diálogos, pondrán de manifiesto nuestros trabajos en desempeño de punto tan interesante, y la docilidad y aplicación de nuestros amados discípulos.

CALIGRAFÍA

El arte de escribir recta y gallardamente es sin duda alguna el más precioso de todos los conocimientos que enriquecen el humano entendimiento después de la religión, y el más útil en la vida social. Él enseña al hombre a hacer sensibles sus más íntimos pensamientos y a retratar con la pluma los arcanos de su corazón. Él es el alma del comercio, la pintura de lo pasado, la regla de lo futuro, el mensajero de los pensamientos y la llave de todas las ciencias y artes. Sin él la sociedad fuera un caos, y las ideas y proyectos más útiles quedarían eternamente sepultados en el ingenio mismo que supo concebirlos. Aparecen instantáneamente los sabios sobre la faz de la tierra, representan en breve su cómica escena, y con paso rápido marchan a esconderse para siempre en la región del olvido, quedando a cargo de la pluma inmortalizar sus nombres y hacer que existan sus bellas producciones, y que se mire en ellas el alma misma que supo producirlas, la que con mucha lengua expresa al que lee sus sentimientos y conceptos. ¡Arte sublime! ¡Divino arte! Tú exiges de justicia nuestra atención, tú mereces todo aprecio, y quien no conoce tus

¹ Biblioteca Provincial de Emaús, Papeles Varios, 9/26, o. *Certamen público de Doctrina Cristiana, Historia Sagrada, Política, Caligrafía y Gramática Castellana que tendrán bajo la protección de su Rvm^o, Ilm^o y Excm^o Mecenaz, los discípulos de las Escuelas Pías de una de las clases de Escribir, dirigidos por su Maestro el P. Bernardo Monforte.* López, Valencia, 1817. 47 p. Aparece una lista con 41 nombres de alumnos participantes.

bellezas y procura adornar con ella su espíritu, a sí mismo se desprecia y se degrada. Los profesores de las Escuelas Pías saben conocer tu mérito verdadero; ellos han llegado a penetrar los primores y tus gracias, y de aquí sus trabajos y desvelos en hacer conocer a la multitud infinita de niños que frecuentan sus clases las reglas teóricas y prácticas de tu verdadera y propia formación. Y cuál haya sido el resultado de sus fatigas en esta parte, podrá juzgarlo el público por la explicación exacta que a su presencia harán los mismos niños de todas las reglas de este bello arte en general, y de cada una en particular, como también de las planas de todo tamaño de letra que ofrecerán a su sabia censura.

ORTOGRAFÍA

Las letras formadas según arte, con primor, con limpieza, con igualdad y gallardía, deben considerarse como el cuerpo de la escritura, y el arma que le anima, edifica y le hace agradable a cuantos le miran, es ciertamente la regla y exacta ortografía. “Ella es la que mejora las lenguas, conserva su pureza, señala la verdadera pronunciación y significado de las voces, y declara el legítimo sentido de lo escrito, haciendo que la escritura sea un fiel y seguro depósito de las leyes, de las artes, de las ciencias y de todo cuanto discurrieron los hombres doctos y sabios y dejaron a la posteridad para su universal instrucción”. Ella constituye un todo perfecto, enlazándose con la pluma delicada, a quien señala el puesto respectivo que deben ocupar las letras y palabras, y cómo debe darse a cada una de estas un tono propio y verdadero sentido con el buen uso de la puntuación, Aquel escritor que sabe reunir en su pluma la ejecución gallarda de la letra con escrupulosa ortografía, podrá llamarse ciertamente perfecto en su clase, pero a quien esta falta, solo debe darse el triste dictado de mero escribiente. Los defectos del cuerpo merecen, sin comparación alguna, mayor disimulo que los del alma, y caso que en la escritura deba tolerarse alguno, este sea en el cuerpo de la letra, si no tuviere la mejor formación, pero no en el alma, que es la buena ortografía. No son los niños capaces de abrazar las reglas todas y de conocer los primores de este ramo de ilustración, tan propio de la clase que frecuentan, por tanto, nos hemos contentado con explicarles repetidas veces las reglas principales, haciéndoselas aprender de memoria, advertirlas en lo que leen y practicarlas en lo que escriben, sin omitir el evidenciarles en qué consiste la verdadera pronunciación, la propiedad del tono o acento, y el verdadero y propio sentido de lo que se escribe. De todo darán pruebas al público, según lo pidan las circunstancias.

URBANIDAD

La atenta cortesía siempre se ha considerado como una prenda indispensable en el hombre que debe vivir en sociedad. Ella es la que da a las acciones humanas un cierto lustre que las hace amables. Puede el hombre tener su mérito particular, puede ser un sabio de primer orden y un cristiano de costumbres irreprochables, pero si no tiene finura de trato y una mediana instrucción de las reglas, llamémoslas así, de la etiqueta, jamás será otra cosa, en lo que se dice gran mundo, que una figura exactamente dibujada, pero sin colorido, o un precioso diamante sin abrillantar, pues sus toscos modales eclipsarán todas cuantas prendas posea. Los rústicos modales hacen perder al hombre toda la estimación que de justicia era debida a sus talentos y le condenan a vivir separado del trato de sus semejantes, y a pasar sus días cual ave nocturna en la oscuridad de su retiro. Esta ciencia del mundo, que debía ser propia solamente de cierto rango de gentes, se busca ya en el día en los niños más tiernos, y se les moteja si no la poseen con perfección. En una visita, en una tertulia, en un teatro, se mira escrupulosamente si el niño se presenta con gracia, si responde con prontitud y viveza, si es respetuoso, si habla y calla a sus tiempos; y si reúne estas circunstancias, aunque por otra parte no tenga en sí mérito alguno, es aplaudido y colmado de elogios los más lisonjeros. Pero, al contrario, si es atado de genio, si es pusilánime, si no saluda con gracejo, aunque sus prendas sean las más estimables, él no será sino un niño malcriado, digno de vivir en una choza y de guiar un hato de ganado. Nuestro carácter y profesión nos impide muchas veces enseñar prácticamente ciertos modales que están en una directa oposición con nuestro venerable ministerio, pero, esto no obstante, no omitimos ocasión de instruir a nuestros discípulos en cuanto juzgamos ser de esta parte de nuestra precisa obligación. Garantes serán de

esta verdad el diálogo que recitarán sobre los efectos de la buena y mala educación, y el compendio de la urbanidad en general, que en graciosos versos recitarán por suerte algunos niños según el tiempo lo permita.

GRAMÁTICA CASTELLANA

Después de veintitrés años que, según leyes de nuestra profesión, hemos empleado en la instrucción cristiana y literaria de la tierna juventud, acabamos de conocer, por fin, que nuestro método no ha sido completo, pues siendo profesores públicos de una clase de escribir en una capital donde es preciso reunir el carácter hermoso de letra y exacta ortografía con algún conocimiento de la gramática castellana, por no estar en uso tal práctica, la hemos omitido. Pero enseñados ya por la experiencia de su absoluta necesidad, alentados con el ejemplo de otros nuestros hermanos, y comprofesores, y bien persuadidos de sus ventajas, tratamos seriamente de mejorar nuestra educación en esta parte, cuanto posible sea. Bien sabemos que llegar a poseer una lengua es empresa de muchos años de largo estudio y de profundas reflexiones, que es empeño de hombres, no de niños tiernos, querer sondearla. Así lo creemos, y así lo creerá todo hombre sensato e ilustrado. Esto supuesto, nadie deberá esperar que nuestros discípulos, a quienes hace mes y medio pusimos por primera vez en las manos el arte de la gramática castellana, prometan en ella cosas grandes, ni se sujeten a un riguroso examen público. Si tal intentásemos, expondríamos ciertamente nuestros discípulos a una pública confusión, y atraeríamos sobre nosotros la justa nota de temerarios. En una clase pública y numerosa son muchos los objetos que llaman la atención del maestro, y por consiguiente a ninguno de ellos puede atenderse con seriedad. No obstante, dieciséis niños alternativamente dirán sus lecciones en forma de diálogo, y, no atreviéndonos a prometer por ahora más al público por no engañarle, solo resta le supliquemos que, reflexionando son los niños los encargados de desempeñar asuntos que quizá exceden su corta comprensión, les disimule benigno sus defectos. Así lo esperamos.

ODA DE APERTURA

No del ingenio o del arte / científicas invenciones;
no de mágicas escenas / los encantos y primores.

No espectáculos variados / por sus lances y sus nombres
en esta aparente palestra / presenciareis hoy, Señores.

A objetos más venerables / y ejercicios muy más nobles,
si bien agradables menos, / llamamos las atenciones.

Oiréis de la religión / aquí las augustas voces,
su historia, moral y dogmas, / las coronas que propone.

Verdades oiréis que harían / mil veces feliz al orbe,
si practicadas se vieran / en los pueblos y naciones.

Verdades con que la Escuela / que por Pía se conoce
buen cristiano y ciudadano / procura formar al hombre.

Del escribir elegante / los ápices y primores,
De la amable cortesía / las urbanas instrucciones.

En fin, cuanto saber debe / un buen hijo y un buen joven,
todo se explicará, y todo / en brevísimas lecciones.

Si otra cosa os prometieseis / de esta academia, señores,
defraudados quedarían / vuestros votos disconformes.

Pero no... lejos de mí / pensamientos menos nobles,
ideas que agravarían / a tan ilustres varones.

Venís, señores, venís / no en busca de vanas flores,
de inútiles pasatiempos, / de frívolas diversiones.

Venís a darnos aliento / con vuestros votos acordes,
y a que sigamos alegres / del saber el claro norte.

Ea, pues, mis compañeros, / desechemos los temores,
y a la palestra salgamos / animosos y conformes.

Los señores que nos miran, / los que escuchan nuestras voces,
nuestros padres son, o madres, / o son prudentes varones.

Varones que sabrán dar, / con ánimo franco y noble,
aplauso a nuestros aciertos, / perdón a nuestros errores.